

TEXTOS DIALECTALES – El teatro de los hermanos Quintero



Serafín y Joaquín Álvarez Quintero son un caso extremo de colaboración literaria, hasta el punto de que, una vez muerto **Serafín**, en 1938, su hermano **Joaquín** siguió escribiendo obras y firmándolas con el nombre propio y el de su hermano difunto hasta el año 1942.

Los **hermanos Quintero** dominaron más de cuarenta años la escena española con sus comedias, sainetes y juguetes escénicos de **humor**, cuya característica principal es el **andalucismo** mental y lingüístico que en ellas domina. La historia comenzó en 1888 con el juguete cómico **Esgrima y Amor**, el primero que escribieron juntos.

Andalucía fue siempre el espacio geográfico y social idealizado de los **Quintero**. Sus patios, salones, gabinetes, huertos, comedores... son invariablemente **andaluces** en sus más de doscientas obras, óperas, dramas, poemas dramáticos, comedias, pasos, zarzuelas, sainetes, juguetes cómicos, entremeses, apropósitos, monólogos, humoradas, loas, caprichos... **Andalucía** se convierte en modelo de **lugar feliz**, mundo bien hecho y cristianamente pacificado. Nada hay en las obras de los **Quintero** del caciquismo pertinaz, de señoritos ociosos, de marginación social de jornaleros y criados, de emigración para subsistir...

Su teatro es el **teatro burgués** de unos escritores nacidos y criados en un medio burgués, amantes de su clase social y del éxito comercial. Pronto acertaron con su **fórmula conservadora**, tranquilizadora: representar un mundo dulzón, bobalicónamente bien hecho, un **teatro sin conflicto** en donde los problemas no pasan del incidente doméstico. Teatro del **detallismo** ornamental, del **pintoresquismo** de los personajes, de los **juegos de lengua**. Pero teatro, eso sí, enormemente **popular**, lleno de **humor**, hilarante, plagado de **equivocos**, basado en el **costumbrismo** y en lo **dialectal**.

Los **Quintero** admiraron a **Benavente**, **Bretón de los Herreros** y **Echegaray**, a **Bécquer** y **Valera**, a **Galdós** y **Campoamor**, a **Cervantes** por supuesto y a **Ramón de la Cruz**...

En **Puebla de las Mujeres**, estrenada en 1912, una “**comedia de ambiente**”, los **Quintero** presentan un lugar inventado y “amazónico”, un matriarcado al modo de las comedias feministas del griego **Aristófanes**, donde son las señoras las que mandan y se empeñan en casar a un joven despistado que llega por allí de fin de semana con una de las muchachas del pueblo.

En **El genio alegre**, estrenada en 1906, “**comedia de caracteres**”, destaca la figura de **Consolación**, una linda muchachita burguesa que no puede dejar de hablar y de enredar y que llena de vida y alegría todos los rincones por donde pasa.

Veamos algunos fragmentos de estas obras quinterianas:

— **El genio alegre (1906)**

(Pausa. Sale por el portón la CHACHA PEPA. Es una viejecita del pueblo, que habla a tontas y a locas, chocha ya por el peso de los años.)

CHACHA PEPA.— ¿Ze pué pasá?

DON ELIGIO.— ¿Otra vez aquí?

DOÑA SACRAMENTO.—¿Quién? ¡Ah! La chacha Pepa. ¿Qué quieres.

CHACHA PEPA.— Dios guarde a usted, doña Sacramento. ¿No ha venío la niña toavía?

DOÑA SACRAMENTO.— Si la niña no viene hasta el domingo, mujer.

DON ELIGIO.— Si ya hemos quedado en avisarte, Pepa.

CHACHA PEPA.— No ze incomode usted, don Ramón. Doña Sacramento, dígale usted que no ze incomode.

Hágaze usted cargo que la he tenío en mis brazos, que le he cantao la nana, que le he dao mi zangre... y que ya va pa veinte años que no la veo. ¡Niña de mi vía, qué ganas tengo de comerle a bezos la cara! ¿Vendrá con er marío, no?

DOÑA SACRAMENTO.— ¿Estás loca, chacha? ¿De dónde sacas que mi sobrina se ha casado?

CHACHA PEPA.— ¡Ay, qué torpe! Aquí está don Pedro, que me lo dijo.

DON ELIGIO.— ¿Dónde está don Pedro?

CHACHA PEPA.— ¿Usted no es don Pedro? Pos ¿cómo ze yama usted, que ziempre me trabuco?.

DON ELIGIO.— Don Eligio. Y yo no he podido decirte palabra de ese casamiento.

CHACHA PEPA.— ¿No?

DOÑA SACRAMENTO.— Es que te has confundido, Pepa.

CHACHA PEPA.— ¿Zí?

DOÑA SACRAMENTO.— Sí. El que se ha casado es mi pariente don Alfonso, el señor conde de la Luz. ¿Tú no te acuerdas de él?

CHACHA PEPA.— ¿No tengo de acordarme? A mí las cosas de acá no ze me orvían. Eze don Arfonzo y la madre de la zeñorita Conzolación eran hermanos.

DOÑA SACRAMENTO.— Justamente. Y fue quien se hizo cargo de la niña cuando murió su padre, mi pobre hermano Rafael.

CHACHA PEPA.— ¡Ah, don Rafaé! ¿Cómo ze me representa a mí don Rafaé! Andaba azí, con los brazos mu meneaos. ¡Miste que cazarse ahora don Rafaé!

DON ELIGIO.— ¿Cómo don Rafael?

CHACHA PEPA.— Digo, don Rafaé; pobrecito. ¿Don Alonzo ez er que ze ha cazao?

DON ELIGIO.— ¡Don Alfonso!

CHACHA PEPA.— ¿Qué más da don Arfonzo que don Alonzo? Y ¿con quién ze ha cazao, a la edá que tiene er güen zeñó?

DOÑA SACRAMENTO.— Mujer, ya te lo hemos dicho cien veces: con una joven de Solar del Rey, donde reside.

CHACHA PEPA.— ¡Ay, zí, señora, zí! Pos zi er motivo de venirse acá la zeñorita Conzolación es que no ze yeva bien con la zeñora de don Arfonzo. ¿No es verdá?

DOÑA SACRAMENTO.— Verdad.

CHACHA PEPA.— ¿Ve uzté cómo me acuerdo mu bien? No ze enfurruñe usted, zeñó, que ya me voy. ¿De manera que la niña viene aluego?

DON ELIGIO.— ¡No!

CHACHA PEPA.— Güeno, pos quié decí que usted me mandará una razón azina que yegue. De eza manera no incomodo. Miste que mi pobrecito Juan está impe-dío, y no hace más que pincharme pa que venga a pregunta por la niña. Y yo, que neceesito poco, pos nos juntamos el hambre y la gana e come. ¡Zeñó, zi mis brazos han zío zu cuna, zi la he enzeñao a habla, zi le dao la sangre e mis venas!... Estará ya hecha una rear moza. ¿Quién me contó a mí que la había visto y que era mu bonita? Mi comadre, la mujé de mi compadre Antonio, que vino aquí por una promeza. ¡Ay, zeñó, cómo vuela er tiempo! Ya me voy, ya me voy. Doña Sacramento, que usted ziga güeña. Don Benito, quéese usted con Dios.

DOÑA SACRAMENTO.— Adiós, chacha.

DON ELIGIO.— Adiós, mujer, adiós. (*Vase por el portón la CHACHA PEPA, charlando sola.*)

DOÑA SACRAMENTO.— Esta infeliz de Pepa no sabe ya dónde está de pie.

DON ELIGIO.— No lo sabe.

DOÑA SACRAMENTO.— Verdaderamente, chochea. Y la noticia de la llegada de mi sobrina Consolación, a quien ella ha criado, le ha vuelto el poco juicio que le quedaba.

(ACTO I)

(*De la casa de labor sale AMBROSIO.*)



AMBROSIO.— Tengan ustés mu buenos días. (*Sorprendido.*) Don Julio, ¿cómo usté por aquí?

JULIO.— Hombre, no es tan raro verme por aquí.

AMBROSIO.— ¡Pero tampoco es coza que ze vea tos los días, como er zalí der zó! Con permizo. Don Eligio de mis curpas.

DON ELIGIO.— ¿Qué hay?

AMBROSIO.— A mi niño lo tiene usté ya en er jardín con la paleta y los pinceles, y pregunta zi va usté a ponerze la ropa con que lo está pintando, o zi hoy también lo deja.

DON ELIGIO.— ¡Válgame Dios! Dile que hoy tampoco podemos hacer nada. Tengo mucho que trabajar. Mientras no salga de mi conferencia, no quiero distraer un minuto. Tanto que, con permiso de todos... ¿La señora marquesa me necesita?

DOÑA SACRAMENTO.— Para nada.

DON ELIGIO.— ¿El señor marqués quiere algo?

JULIO.— Que le pase a usted el susto.

DON ELIGIO.— Siempre ha de chancear el señor marqués. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

JULIO.— ¡Pero no se ríe! Escúchame, Ambrosio.

AMBROSIO.— Mande usté, don Julio.

JULIO.— Te felicito. Sé que tu hijo progresa en la pintura.

AMBROSIO.— ¿Que progresa?

JULIO.— Así me dicen todos.

AMBROSIO.— ¿Zí, verdá? Pué zé que progrezze; pero lo que yo le pío a usté, y a tos los que dicen que progresa, es que no me mienten ar niño.

JULIO.— ¿Por qué?

AMBROSIO.— (*Conteniendo su mal humor.*) Por na. No me miente usté ar niño, don Julio, no me miente usté ar niño. Yo cuando me enfao no zé habla zin zortá ajos y ceboyas... y que me voy a enfada zi me mienta usté ar niño. ¿Estamos, don Julio? Ez un favo que yo le pío a usté que no me miente ar niño. Y usté ziga bueno. (*Vase a la casa de labor.*)

JULIO.— Adiós, hombre. (*Riéndose.*) ¿Qué le ocurre a Ambrosio con el niño?

DOÑA SACRAMENTO.— No lo sé a ciencia cierta; pero me figuro que se trata de un gran desacuerdo en materia de arte.

JULIO.— Ya.

(ACTO II)

— Puebla de las Mujeres (1912)



DON CECILIO.— Acaso; pero lo que puedo decirle a usted es que no ha habido un momento crítico en la historia de Puebla de las Mujeres en que ellas no hayan sido las heroínas. Por eso lleva el pueblo el nombre que lleva. De manera que ándese usted con ojo, como le he prevenido antes.

ADOLFO.— Eso es lo que a mí me da risa: la alarma que trata usted de infundirme porque he visto en la calle a una muchacha y han dado en decir que me he fijado en ella.

DON CECILIO.— Así empecé yo...

ADOLFO.— ¿Qué?

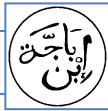
DON CECILIO.— Que así empecé yo. A los tres días de estar aquí de médico, hace ya treinta y cinco años, principió el *tole tole*. «Vamos, doctor, que no ha hecho usted más que llegar y pegar.» «Buen gusto ha tenido usted, doctor.» «¿Yo?» «Usted, usted; no nos venga con disimulos. Ya sabemos que está usted que hace números por Fulanita...» «¡Pero si ni siquiera la conozco!» «¿Pues dice que no la conoce?» «¡Y dale con que no la conoce!» ¡Hasta que

me entraron ganas de conocerla!

ADOLFO.— No lo dudo.

DON CECILIO.— Que es lo mismo que va a pasarle a usted.

ADOLFO.— Tampoco lo dudo. Declaro que ya tengo cierta curiosidad...



DON CECILIO.— ¡Oh!

ADOLFO.— Cierta interés en saludar siquiera a esa señorita.

DON CECILIO.— ¡Oh! Es usted hombre al agua. Lo pondrán a usted en relaciones; organizarán una buño-lada para estrechar lazos; le ofrecerán la reja de Concha Puerto para pelar la pava, y le fijarán a usted la fecha de la boda. Son los trámites.

ADOLFO.— (*Soltando la risa.*) ¡Ja, ja, ja!

DON CECILIO.— Ríase, ríase cuanto quiera. Como ellas la tomen con usted, se verá usted empujado en todos los instantes por una fuerza irresistible, y allá irá usted a donde a ellas se le antoje. ¡No le dé usted vueltas!

ADOLFO.— Pero, señor doctor...

DON CECILIO.— Pero, señor abogado. Fíjese usted en mí. ¿Tengo yo planta torera, por casualidad?

ADOLFO.— ¿Usted?

DON CECILIO.— ¡Pues yo he toreando en este pueblo! ¡Se les puso en el moño a las señoras que toreara, y toreé! ¡Que si el manto de la Virgen, que si la caridad, que si los pobres, que si la sequía!... ¡Que concertaron una becerrada y que toreé!

ADOLFO.— No, pues a eso sí que no pienso llegar yo.

DON CECILIO.— ¡Porque no quieren ellas! ¿O es que cree usted que yo pensaba torear? ¡En mi vida he pasado más miedo! ¡Usted no tiene idea de lo que crece un becerro a cada paso que da hacia usted!

ADOLFO.— ¿Le parece a usted que, por si acaso, me ensaye con el perro de Terranova de mi tía?

DON CECILIO.— ¡Tómelo usted a broma! (*Sale por la cancela SANTITA, seguida por una muchacha.*)

SANTITA.— Sí; aquí tienes al médico. (*A ADOLFO.*) ¡Hola! ¿Hemos entrado por el postigo?

ADOLFO.— Sí, señora.

SANTITA.— (*Bajando la voz.*) Pues se ha perdido usted ver lo que hay a la puerta.

ADOLFO.— ¡Je!

SANTITA.— Doctor, esta muchacha pregunta por usted. (*Se va por el jardín.*)

DON CECILIO.— ¿Qué pasa, niña?

MUCHACHA.— Pos mi hermana, que ze ha puesto mala.

DON CECILIO.— ¡Válgate Dios! ¿Y quién es tu hermana?

MUCHACHA.— Pos la hija de Jozé.

DON CECILIO.— ¿Y quién es José?

MUCHACHA.— Pos Jozé es mi padre.

DON CECILIO.— (*A ADOLFO, que sonrío al oírlo.*) Usted se habrá enterado ya de quién es la hermana. Y tu padre, ¿quién es, que no caigo ahora?

MUCHACHA.— ¡Ay, qué gracia! Dice que no cae. ¿Quién va a zé mi padre, zeñó? Er de las piedras de afilá.

DON CECILIO.— No podía ser otro, efectivamente. Y, bueno, ¿qué le ha dado a tu hermana?

MUCHACHA.— Pos le ha dao un inzurto. Ha peleao con er novio de mala manera, y ze ha inzurtao.

DON CECILIO.— Probablemente, después de haberse insultado los dos, el uno al otro.

MUCHACHA.— No, zeñó; que mi hermana ha estao muy prudente. Pero é iba borracho. A la cuenta ze ha tomao cuatro copas de más pa dejarla. Y a mi hermana le ha dao un inzurto. Y me dijo mi madre: «Pos anda, ve en ca de don Cecilio, a vé zi pué vení.» Y en ca de usté me dijeron que debía usté de está en ca de doña Madalena. Y en ca de doña Madalena me dijeron que quizá estaría usté en ca der cura. Y por ezo he venío.

DON CECILIO.— Pues en seguida voy allá. Eso que tiene tu hermana no es nada. ¿Dónde viven ustedes?

MUCHACHA.— Pos pasa la rinconá del aguaducho, er cayejón aquí.

DON CECILIO.— Allí hay dos callejones.

MUCHACHA.— Pos er der marmoliyo, conforme ze entra.

DON CECILIO.— ¿Qué número?

MUCHACHA.— La caza der faro.

DON CECILIO.— Pero, ¿qué número?

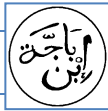
MUCHACHA.— A la vera der derribo.

DON CECILIO.— Mira, niña, lo mejor es que nos vayamos juntos, porque si no, no le curo el insulto a tu hermana. Adiós, Adolfo. Hasta mañana en el Casino, ¿eh?

ADOLFO.— Sí, señor; sí; hasta mañana.

DON CECILIO.— Vamos, tú.

MUCHACHA.— Que usté lo paze bien.



ADOLFO.— Adiós. Que se alivie la enferma.

MUCHACHA.— Muchísimas gracias, zeñorito. (DON CECILIO *se marcha por la cancela, y ella lo sigue.*)

ADOLFO.— Es gracioso este hombre. ¡Y qué monomanía más original la del matrimonio! ¡Ja, ja, ja! ¡Y qué pavor a Concha Puerto!

(*Sale ésta de la puerta de la izquierda del jardín en dirección a la cancela, cuando, con gran sorpresa, ve a ADOLFO y se detiene a saludarlo, regocijadísima.*)

CONCHA.—¿Cómo? Buenas noches. No había reparado. ¿Usted aquí? ¿Cómo sigue usted?

ADOLFO.— (*Algo desconcertado.*) Bien... ¿y usted, señora?

CONCHA.— Yo, bien; muchas gracias. Pero, ¿qué hace usted aquí solo?

ADOLFO.— Acaba de dejarme don Cecilio.

CONCHA.— Sabe don Julián que está usted aquí?

ADOLFO.— Sí, señora.

CONCHA.— ¿Y Santita, lo sabe?

ADOLFO.— También, también.

CONCHA.— ¿Y... las demás personas que están a la puerta?

ADOLFO.— Ésas... no sé... No las he visto... No he entrado ahora por ahí.

CONCHA.— ¡Ah! ¿Quiere usted que yo lo presente?

ADOLFO.— Gracias.

CONCHA.— ¿Gracias, sí, o gracias no?

ADOLFO.— Sencillamente gracias, señora mía.

CONCHA.— Bueno, hablando de otra cosa: usted dirá que Bobadilla es un grosero.

ADOLFO.— ¿Bobadilla?

CONCHA.— Sí, señor; mi marido.

ADOLFO.— Señora, Dios me libre.

CONCHA.— Es que ya ha debido ir a verlo a usted. Pero el pobrecito lleva unos días que no está para nada.

ADOLFO.— Pues, ¿qué tiene?

CONCHA.— Lo de siempre: la muela.

ADOLFO.—¿Qué muela?

(ACTO I)

Bibliografía

- Álvarez Quintero, Serafín y Joaquín, *El genio Alegre. Puebla de las Mujeres*. Ed. Gregorio Torres Nebrera. Madrid, Espasa-Calpe, 1993. Col Austral.